

Historia de tres banderas

Laura Ávila

Ilustraciones de Gerardo Baró

loqueleo

A la Mi Chu, que apareció de pronto.

Colores

“¿Qué estará haciendo Josefa?”, se preguntó Manuel Belgrano justo antes de que dos bombazos fuertes lo sacaran del catre. Se levantó de un salto, ganado por el miedo, pero ahora le dolían las costillas por haber rebotado en el elástico.

Salió a la noche, amartillando la pistola, y el viento del río le inundó las narices. Sus soldados corrían hacia todos lados, arrancados del sueño. Pegó un par de gritos tratando de ordenarlos, pero no le hicieron mucho caso.

Un tercer bombazo iluminó la ribera. Casi sordo por el estallido, Manuel vio de dónde venían los disparos:

—¡Son dos realistas en un bote! ¡Por allá!

Uno de sus hombres, el más decidido, apuntó en la oscuridad y disparó.

—¡Creo que les di, don Manuel!

—¡Preparen la cureña! ¡Contesten con un cañón!
Más ordenados, los soldados respondieron el fuego y hundieron el bote de madera que portaba un cañoncito. Los dos que lo manejaban desaparecieron en el Paraná y reaparecieron cerca de la orilla tratando de salvarse.

8 Manuel Belgrano fue trotando hacia ellos. Su escribiente, Salvador, lo seguía cargando una luz.

—¿Quién los manda? —dijo Manuel, apuntándoles.

El más joven estaba herido. El más viejo levantó la cabeza y gritó:

—¡Muéranse, tupamaros! ¡Viva el rey!

Belgrano les admiró el temple. Aun vencidos, aquellos realistas seguían gritando por lo que creían justo.

José Moldes, uno de los coroneles, apareció junto a ellos y le dio una patada al que había hablado.

—¡Silencio, godó!

Belgrano contuvo a su compañero:

—Tranquilo, amigo. Llevémoslos al campamento. Sin violencias.

Moldes lo miró con cierto asombro. Belgrano parecía estar siempre en un salón de baile. Era

educado y cortés. Moldes lo sentía tan lejano al ruido de la guerra que se preguntó otra vez quién habría sido el desubicado que lo había nombrado jefe.

Salvador, en cambio, bostezó. Era un chico de catorce años. El peligro había pasado, quería irse a dormir y eso se le notaba en cada gesto.

—Vuelva a su catre, Salvador. Yo me las arreglo —le dijo Belgrano.

9

Salvador le dio el farol y se volvió a su tienda a paso lento.

El campamento de quinientos hombres era una batería, una guardia armada con cañones para defender la costa. La batería tenía un mástil. En el mástil flameaba una bandera española.

Los prisioneros fueron llevados cerca de la fogata donde estaba la bandera. El viejo prisionero realista la vio y se echó a reír con amargura:

—Indianos de porra. Más les valdría alzarse con una bandera propia, al menos...

El odio de su voz molestó a Belgrano mucho menos que su risa desdeñosa. Los interrogó sin sacarles una palabra, llamó al médico de campaña para que revisara al herido y los dejó vigilados,

sin ponerles cepo o grillos, porque le parecía una crueldad atar a los hombres.

Después volvió a acostarse, pero no se podía dormir. Las palabras del prisionero seguían dándole vueltas en la cabeza. “¡Tiene razón! ¡Ya no podemos seguir usando la misma bandera que ellos!”, pensó.

10

Belgrano y sus compañeros habían hecho una revolución en Buenos Aires. Echaron al virrey que mandaba antes en nombre del rey de España. Se habían enfrentado a los realistas que defendían a ese rey. Ahora mismo él se hallaba en Rosario llevando las ideas de la revolución a sangre y fuego. ¡Y ya no se sentía español! ¡Ya no quería usar esos colores rojos y amarillos en su batería!

Don Manuel pensó. Algunos de sus hombres llevaban una escarapela celeste y blanca que usaban desde los primeros días de la Revolución.

—Celeste y blanco... —evocó mientras empezaba a invadirlo el sueño.

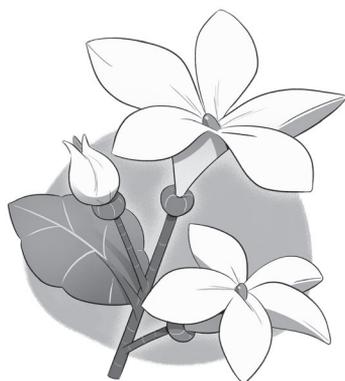
Los grillos y los sapos cantaban en las orillas del río Paraná. Belgrano recordó otra vez a Josefa, bailando durante los festejos por la caída del virrey. Tenía puesto ese vestido azul celeste que le quedaba

tan bien. Se acordó de la gente en la calle, de la alegría de sacar del gobierno a los mandones.

Después pensó en sus años de estudiante. En la bella Iris, con su jazmín blanco en el pelo. Recordó muchas caras amadas, gentes que lo hicieron feliz, su juventud, sus amigos. Todas esas cosas se le presentaban celestes y blancas.

Fue así como, bordeando los costados del sueño, se imaginó una bandera con esos colores.

11



Flora

12 Por las calles del pueblo de Flora siempre pasaban carretas. El pueblo se llamaba San Miguel. Quedaba en Tucumán y estaba de paso entre dos ciudades importantes.

Flora tenía doce años y era cocinera en una de las casas más grandes del pueblo. Antes la cocinera había sido su mamá, pero se había muerto de fiebres tercianas, así que Flora heredó el oficio. Le encantaba cocinar, pensaba formas nuevas de hacer las empanadas, el cabrito, el locro o la mazamorra, y ponía enseguida manos a la obra. Pero en la casa casi nadie apreciaba su comida.

Su patrona era doña Eduviges Mercado, una señora a la que le quedaban pocos dientes. No comía cosas crocantes o duras porque no podía masticarlas. Tampoco probaba platos demasiado dulces o demasiado picantes. Le caían mal al estómago.

Doña Eduviges era viuda y tenía una hija llamada Consuelo.

Consuelo tenía trece años y era muy linda, pero bastante boba. Doña Eduviges la cuidaba hasta la exageración, porque era la única familia que le quedaba. Sus hijos mayores se habían ido a estudiar a España y nunca habían vuelto. Había tenido a Consuelo de grande, y la niña era su orgullo y su pasión.

13

Flora no podía ni verla.

Consuelo se empeñaba en hacerle la vida imposible. Nunca quería comer y la trataba como a una esclava. Pero Flora no era esclava, aunque tampoco podía irse de la casa sin el permiso de doña Eduviges ni negarse a servirla. Eso había sido así desde su nacimiento, y así había sido la vida de su mamá y de su abuela. Siempre trabajaron para la familia de doña Eduviges a cambio de techo, comida y vestido.

Flora era zamba, delgadita y nerviosa como un junco de la laguna. Consuelo era pálida, tenía ojeras y su mamá vivía dándole remedios caseros, incluso antes de que se enfermara.

Como nadie disfrutaba sus platos, Flora los compartía con Lula y sus cuatro hijos, que eran

los negros de la casa. Los hijos de Lula iban de los veinticinco a los dieciocho años. Ellos sí eran esclavos, mantenían limpia la alcoba, el corral, la letrina y el gallinero.

14 Cada tanto llegaba al pueblo algún coche desde la lejana Buenos Aires. Entonces Flora se daba una vuelta por la plaza para ver a los porteños. Siempre parecían apurados, con sus ropas cortadas a la inglesa y su aspecto de haber vivido encerrados en un ropero. A Flora esas gentes le parecían extranjeras. Una vez, hacía ya un tiempo, doña Eduviges había invitado a unos a almorzar. Los porteños le pidieron a Flora tenedores para comer, cosa que escandalizó a la chica, porque los tenedores eran cosa peligrosa. Uno podía pincharse la lengua comiendo. También le pidieron platos, en lugar de servirse directamente de la fuente, como todo el mundo. Y le hicieron asco a los chipacos con chicharrón y a la tripa gorda que la pobre Flora se había esmerado en preparar.

Un poco despechada, Flora les había servido el postre. Los porteños le contaron a doña Eduviges que en Buenos Aires se había producido una revolución, y que se estaba preparando un ejército para liberar a las demás provincias.



“¿Un ejército de porteños?”, pensó Flora alarmada. Para ella Tucumán era el país, su país. Y no le gustaba que nadie viniera a defenderla de nada, sobre todo cuando los supuestos defensores eran gente de estómago tan delicado.